

LA FERIA SE LLAMA NANCY

EXTRANA pasión, ésta, la de ponerse a vender libros por la calle. Libros como si fueran un reto, un desafío; pero también como una invitación, una mano tendida al hombre apurado, demasiado apurado, de nuestra Montevideo disfrazada de ciudad moderna.

A Nancy Bacelo, que no es bonita, esta pasión la embellece. Cuando dice, con la voz ronca y cansada porque son las ocho de la mañana y hace cinco días que no duerme: "Es un éxito tan grande... Anoche (por la del lunes, cuando se inauguró la IV Feria en la Explanada Municipal) se vendieron \$ 4.000 de libros en tres horas! ¡El segundo día, \$ 8.000! El entusiasmo borra la fatiga, enciende la voz y ya está uno dispuesto a creer, antes del desayuno, en la cultura uruguaya.

Según ella, el éxito actual de los escritores locales se debe a estas ferias populares en las que el público circula entre libros, en un aire festivo, sin la curiosa inhibición que producen en los uruguayos las paredes y los estantes de las librerías. Un ejemplo rotundo: cuando el cincuentenario de Delmira Agustini, este invierno, Nancy Bacelo y un equipo de esforzados de la causa vendieron toda una edición especial de "Los Cálices Vacíos", alrededor de 1.000 ejemplares, en una mesita colocada en dos o tres esquinas estratégicas del centro, en sólo seis horas! Costaba \$ 5.00, es cierto, pero lo que importa no es la presentación del libro —que es de buen gusto, pese a su rusticidad— sino que el escritor llegue, sea leído, haga brotar una chispa de inquietud, "avive el seso y despierte"...

Para esta mujer de 32 años que vino de Nico Pérez (habría que aclarar: de Batlle y Ordóñez, pero me arriesgo a decir que no suena tan lindo) cuando todavía era una liceal y que dejó, paradójicamente, los estudios para dedicarse a la cultura, este ajeteo de libros la absorbe totalmente, por dentro y por fuera. No se limita a impulsar su venta y su difusión populares; empieza por el principio, es decir: a escribirlos. Cuesta tratarla de poetisa, ella misma se resiste al término y sin embargo, qué otra cosa es quien confiesa que "le funciona el cantar en la cabeza sin cesar? Escribe sin pensarlo dos veces, tocada por la emoción, jamás corrige una frase, no pule un verso y me muestra una libreta donde hay apuntado un poema entre las direcciones, surgido quién sabe por qué, quién sabe dónde. Fruto de estos azares son sus libros. El primero, en 1956, que como siempre, no debe publicarse y en 1960 los "Cantares", que es el que más le gusta. Este año obtuvo el Premio Municipal de Poesía por "El cielo solo" y el premio en categoría iné-



dita por "En otro mundo", 22 poemas escritos de un tirón, en una sola noche. Es toda una consagración, sin duda. Sí, tengo que admitirlo. Pero detesto a los escritores que se pasan corriendo atrás de los premios. Este es un país de premios, declara, categórica. Lectora constante de Neruda, de Salinas, de Hernández, de los clásicos españoles, su dedicación a la poesía y a los libros la lleva a dirigir una revista: "Siete poetas hispano-americanos", donde en unas hojas alargadas, con bellas ilustraciones de Camnitzer, Carvalho, Ramos, Barnes y otros conocidos dibujantes y pintores, jóvenes talentos como Circe Maia, Caribel Alegría, Walter Ortiz y Ayala (Premio Feria 1963), Washington Benavidez y todo un conjunto de poetas nuevos de poca o ninguna difusión popular, encuentran un medio de llegar a ese lector remoto y deseado. La revista se agota en un mes, dice Nancy con efusión. Tiene 350 abonados que pagan puntualmente, señala en una precisión que une extrañamente la poesía con la contabilidad. Más inusitada, bien pensado, resulta esta oficina instalada a un costado del escasamente poético Palacio Municipal donde Nancy, funcionaria de la sección Artes y Letras, ha logrado el milagro que no parezca una oficina y mucho menos ella una funcionaria pública. Libros por todos lados, affiches, flores, carpetas con dibujos, le dan un aspecto de taller nada burocrático. "Esto era un galpón para materiales de obra. Yo lo pedí para mi oficina. Ahora vienen de continuo escritores, artistas, gente di-

versa a pedir información acerca de museos, bibliotecas, todo lo que rige este departamento cultural del Municipio. La idea de la Feria surgió aquí, más exactamente, en el café de enfrente. Al principio pareció una locura, pero a las 24 horas yo tenía \$ 5.000 para empezar las obras dadas por el Municipio. El entusiasmo de Nancy se contagia. Un electricista le dice: Estamos aquí desde las 6 de la mañana, son las 12 de la noche y seguiríamos. Mirando la gente que ya, desde temprano, antes que la Feria comience (y tiene un horario bien cómodo: de 18 a 23 horas) ha comenzado a dar vueltas, Nancy se olvida de los sinsabores, de los trabajos, de las idas y venidas para conseguir el dinero imprescindible para la Feria, una tarea que comienza cuando una Feria acaba. Deberíamos tener dos, tres ferias al año, insiste, tenaz, imbatible, haciendo girar la cadena de gruesos eslabones que rodea su cuello. Yo la miro, una pregunta me ronda. ¿Tendrá tiempo esta mujer para vivir otra cosa que libros, libros, libros?...

Señorita —dice un hombre con unos alambres en la mano— ¿le parece que colocaremos este pane lasi? Nancy se levanta, atiende obreros, soluciona mil problemas de la Feria y yo espero hojeando un número de "Siete Poetas Hispanoamericanos". "Amor mos este panel así? Nancy se bo en el aire, porque el aire es lo único que ata mis palabras"... El poema se llama "Escribo", es de Nancy Bacelo. ¿Para qué preguntar más nada?